

propuesta ya no inter sino decididamente transdisciplinaria, su trabajo de erosión del proyecto ilustrado y modernizador, su crítica de las identidades entendidas ontológicamente como esencias ahistóricas y administradas a partir de las ideologías e instituciones dominantes, para citar sólo algunos de los planos a que se aboca el análisis cultural, resulta insoslayable” (204).

En el proceso, el intelectual cumple un rol fundamental. Si bien Moraña sugiere el abandono de la imagen de humanista y su reemplazo por la figura del mediador o del *advisor* —con la que quizás muchos no se identificarían— el intelectual persevera en la misión tradicional de interpelar al poder a la que agrega la función de exhortar a la sociedad civil. El tema ha sido y continúa siendo objeto de discusiones enervadas porque nos involucra por entero. Recordemos, a modo de ejemplo, a Edward Said, en *The World, the Text and the Critic*, cuando declara que la identidad intelectual se traduce en una conciencia crítica tironeada por la cultura de filiación a la que el sujeto se liga por nacimiento, nacionalidad o profesión y por el sistema adquirido por convicción política, circunstancias históricas o voluntad individual. El entre-lugar del crítico se construye entre la cultura y el sistema, entre “the power of the dominant culture, one the one hand, and the impersonal system of disciplines and methods (*savoir*), on the other”.

Y porque tratamos de pasiones, *Crítica impura* apuesta a la literatura cuyo valor —insiste— no se encuentra en una pretendida verdad o en la densidad discursiva sino en la posibilidad de fomentar identificaciones. La enunciación no deja de tener el optimismo moderado que marca nuestro tiempo: “Creo que un salto no mayor que el que realizó la crítica literaria en su paso de la estilística a la socio-historia, el desafío de los nuevos tiempos exige una revalorización del discurso literario como una de las formas simbólicas y

representacionales que se interconectan en la trama social, sin llegar a adjudicarles por eso un privilegio epistemológico —ni a ésta ni a otras formas representacionales que serán a su vez, opacas, ideológicas, contradictorias, polivalentes”. (193)

Adriana Rodríguez Pésico
Universidad de Buenos Aires
CONICET

Samuel P. Huntington: *Who are We? The Challenges to America's National Identity*. New York: Simon & Schuster, 2004.

Se puede calificar el que posiblemente será el último libro de Samuel P. Huntington (1927-) como un producto miserable, por partida doble, porque desprecia lo que ignora y porque explicita una serie de repudios desde posiciones de fuerza. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* pone sobre la mesa los antagonismos y las miserias, los miedos —fingidos o no— y los desprecios, las intencionadas ignorancias de los más fuertes en lo que ya es un comienzo de siglo tormentoso. Es mi generación la que tendrá que lidiar con los intereses más o menos velados, pero también con contracciones y miedos, retraimientos y actitudes beligerantes dentro de señalados sectores intelectuales en los Estados Unidos, y también a pie de calle. Y ¿cómo abrir puertas al campo? Tal vez tenga uno que atrapar el unicornio de lo “hispano” por la cola de la Hispanofobia, o la historia que importa entre las grietas de la historia oficial de este país que compartimos con Huntington, o atisbar la rosa por las espinas, o recobrar lo saludable por lo patológico, el gusto por la disgusto, probar la mermelada con la crema de cacahuete, e imaginar golosina de la utopía en el mundo represivo-bélico hobbesiano que aquí se nos presenta. El presente libro de Huntington, profesor del Departamento de Gobierno en la Universidad de Harvard, y figura muy conocida por su anterior libro, *The Clash*

of *Civilizations and the Re-Making of the World Order* (1996), constituye en esencia un uso de razón estratégica circunscrita a círculos oficiales. Huntington busca proveer un servicio fiel —o servil— a los intereses de política exterior estadounidense asumidos como propios. Esto se lleva a cabo con eso no-obvio que se tiende a llamar “cultura” e “identidad”. Avisamos ya que uno tendrá que andarse con mucho cuidado en estos predios, porque estos dos signos sirven aquí, más bien, como excusa, pretexto, comodín en la manga, conejo en la chistera, eufemismo dúctil, código secreto, acicate y señuelo para delimitar particiones políticas, “nosotros” y “ellos”, amigos y enemigos, “centros” y chivos expiatorios. No nos despistemos: Huntington no quiere pasar a la historia como el nuevo Weber, o el nuevo Kant, o el nuevo Braudel. Lo que él quiere ser, y posiblemente lo sea, es convertirse en el experto exegeta de todas las incertidumbres en los nuevos tiempos tras la guerra fría. Sus fórmulas culturalista-civilizatorias querrían tomar el testigo de la mano de George Kennan, el padre (de la patria oficial) con su fórmula de bipolaridad USSR-U.S. y la teoría de la contención del poder soviético. Sea lo que sea eso de “cultura”, este girasol estará siempre de cara al sol de los intereses inmediatos y los asuntos acuciantes de la política exterior de la última superpotencia. Dime con quien andas...

Vivimos un momento de gran desorden a todos los niveles y donde nadie parece saber a ciencia cierta por qué camino tirar. El nuevo siglo se presenta como todo lo contrario a la autocontención del binomio bipolar: un no-disimulado unipolarismo aparentemente omnipotente, si bien dando palos de ciego, con una autopercepción de vulnerabilidad (336ff); un desdibujamiento de fronteras de todo tipo, también a nivel de planes de investigación y estudio, paisaje de guerras virtuales, sin declaracio-

nes formales ni muertos visibles, al menos dentro de los EEUU, sin victorias claras, contra enemigos no convencionales. La guerra se presenta, al menos dentro de ciertos círculos por los que circula Huntington, como la modernidad, es decir como la condición ineludible y deseable que somos, en alusión al interrogante del libro, y como catástrofe cotidiana que nos constituye —“catástrofe” en el sentido de un Paul Virilio (*A Landscape of Events*. MIT, 2000). “Cultura” —o su prima hermana, “identidad”— es entonces este gozne de puerta (social, política, económica, histórica) que se cierra con un portazo. Lo que se busca es galvanizar una colectividad llamada “nacional” con apelaciones al miedo y a la seguridad y así intentar apuntalar la entelequia o eternidad de una supremacía estadounidense. Cualquier alternativa a esto constituye, al menos para nuestro autor, lo impensable, el indeseable otro de la ontología estatista gubernamental. Pero el siglo veintiuno nos pone mala cara: mundo el nuestro donde primeros, segundos y terceros mundos viven ayudados de manera promiscua —e irregular— para confusión de todos. El tiempo y el espacio se pliegan, se escogen y se estiran, se convierten en un ovillo, se rompen y se olvidan (Huntington habla de la época dorada del patriotismo estadounidense durante 1860-1960, p. 120). Las tradiciones de antaño están todas patas arriba, los centros, descentrados y con dolores de parto de montes, los particularismos todos en pie de guerra, todas las ideologías huecas, la psique colectiva reprimida (p. 61), todos los pelos mal peinados, y toda sensibilidad histórica que se precie de su nombre, fámélica en la “cultura popular” de centros comerciales, las aulas, sin estudiantes. Así, y no de otra manera, hay que entender todos los vivas a la individualidad como centro de la vida estadounidense (p. 53): como un “divide y vencerás” en una nación de casi 300 millones de personas. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* nos pinta un cuadro ciertamente desolador por parti-

da doble: de virtud y carencia. Lo que sigue a la guerra fría, no es ahora ni caliente ni frío, sino todo lo contrario: guerra visual con sus muertos de este lado escondidos y con muertos del otro lado que ya no se cuenta, guerra de comandos, de antagonismo explícito al Islam y a los hispanos en los EEUU, de cierta deseuropeización de los EEUU —producto histórico-social de la emigración europea— y de una convergencia, llámese globalización si se quiere, que constituye un reto para todos. Huntington da pruebas de los apartamientos, contracciones y retraimientos culturales, y de los llamamientos patriotas —de patrioteros y xenóforos— a la renovación “cultural”, siempre dentro de un formato nacional amenazado, según él, por enemigos internos y externos. ¿Pero se trata, en verdad, de interrogar la ontología del “ser”? ¿Se trata de contrastar conceptualizaciones de lo que puede constituir eso de la “identidad”? ¿Se trata en verdad de atisbar las serie de relaciones del Ser y de la Nada? ¿Y tenemos que darnos todos fieles y dóciles a eso de “nación”? La sociología vulgar de Huntington, aupada en un positivismo de encuestas y estadísticas, dirá que sí, pero no al modo filosófico.

Según Huntington, no se trata de consultar enciclopedias o diccionarios de filosofía y ver cómo se puede empezar a pensar bien eso de “identidad”, “ontología”, “cultura”, o lo que sea —y los hispanistas curiosos que pueda haber por ahí podrán acudir entre otros al hermoso trabajo de exilio de Ferrater Mora. El carácter híbrido, desaliñado de las ciencias sociales, al menos según nuestro autor casi octogenario, se dirige al gran público. Y, por lo tanto, lo que no se quiere es quedarse prendado de una complejidad conceptual que nunca se prestará bien a intereses coyunturales de política exterior y doméstica de la última administración estadounidense, y mucho menos a un uso publicitario fácil o

comercial que pueda encaramarse al status de best-seller en la lista de ventas del *New York Times*. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* constituye, así, una especie de libelo, incluso una filípica que busca un efecto de “electro-shock cultural”. Y este golpe de efecto se persigue con una vulgarización deliberada del pensamiento que no duda en chapotear en las aguas del cálculo egoísta de la demagogia política por parte de sectores cercanos al partido republicano. Vulgarización quiere aquí decir uso de estadísticas y encuestas, siempre dentro de un formato nacionalista o de publicaciones de prensa, mayormente estadounidense. También quiere decir un uso simplista, grueso y grosero del inglés, cosa curiosa con respecto a alguien que rebosa un monolingüismo feroz. Plebeyización quiere decir también el recurso al sicologismo con respecto a fenómenos históricos, sociales y políticos (21ff, 118, 258ff) pero casi siempre dentro de contextos oficiales y de estrategias militares (los primeros libros de Huntington son de este tipo). Se puede entender precisamente el recurso al sicologismo —o al anti-racionalismo— como bagaje propio de la pobreza conceptual que acompaña al signo de “cultura”, lo cual no impide que se abandone por otro más convincente. “Cultura” —al igual que “libertad” o “democracia”— gusta precisamente por vacío, versátil, fácil, tic bien aprendido, bien educado, bienpensante, gesto ligero, eufemismo conveniente, convencional ortodoxia. Esto es lo que los abogados de la Realpolitik, lo que se llama “realist power politics” (p. 79) en los EEUU, hacen en público estos primeros años del nuevo siglo.

Lo que se traen entre manos es el empobrecimiento conceptual del inglés para interrogar las tensiones de su propia realidad inmediata y más cercana, cuando menos para la contemplación de realidades más distantes como puede ser el mundo del Islam, demonizado sin tapujos. Y lo que se busca es des-socializar y deshistorizar el lenguaje y el pensa-

miento. La moralina oficialista de "los buenos y los malos" —pensemos en la retórica del actual presidente George W. Bush— se contraponen al rechazo del "moralismo" del derecho internacional de ciertos círculos intelectuales (270 ff), y éste al "moralismo profundo", llamado "religioso", del público estadounidense, uno de los pueblos "más religiosos del mundo" (82, 340ff). Pero uno tiene que desconfiar siempre de estos llamados a la piedad. En *Who are We? The Challenges to America's National Identity* la apelación a la religión suena a maquiavelismo de falsa piedad y manufactura mediática de docilidad con respecto a los postulados oficialistas (p. 105). Nada hay en este libro de apología huera de la tradición anglosajona que la acerque amorosamente a un lector curioso. Huntington nunca se va acercar a historizar la ideología del individualismo posesivo en un Locke, como lo puede hacer C. B. Macpherson por ejemplo, ni a reconstruir el contexto de un Hobbes, autor muy de moda últimamente. Aquí no hay nada que se acerque a la curiosidad intelectual genuina por el hecho religioso, por ejemplo el impresionante proyecto ecuménico de un Eugenio Trías en *La edad del espíritu*, o la emoción genuina del cine de un Passolini, o un Tarkovskij, o la música de un Arvo Part. Lo de "protestantismo disidente" es aquí insípido. Lo de "cultura anglosajona", figurines de cartón piedra.

No hay ningún esfuerzo por recreación de paisajes ni ningún esfuerzo por persuadir a un lector interesado. Esto de "religión" se acerca más a algunas de las imágenes de la *Pasión* de Mel Gibson que exige una actitud masoquista de autocastigo para propios y extraños que a una visión franciscana de fragilidad cósmica. El uso de "religión" de Huntington, cercano a sectores conservadores (355ff), nos pone los pelos de punta con sus visiones apocalípticas de fin del mundo de "los otros". Hay algo

en *Who are We? The Challenges to America's National Identity* de fe a duras penas, como la del soldado romano que va a la guerra contra los bárbaros contra su voluntad y con todas las reticencias de quien ya no se cree su propia civilización, como en la película *Gladiator*. Algo de esta actitud vital mezquina, de impulso reacio, crispado, "a la contra", se da en este libro que repudia todo tipo de alusión a la ciencia política, a la interrogación de la historia antes de la paz de Westphalia, además de ignorar olímpicamente todo cuestionamiento —llamémoslo filosófico— de sus propias premisas de conocimiento. El uso sociológico, digamos, es "periodístico", incluso "reporteril" de porcentajes, estadísticas, encuestas, revistas de *think tanks*, declaraciones de figuras conocidas o desconocidas respecto de temas mayores (el autor agradece un tanto exageradamente a sus asistentes del *Book Team*). Se da por hecho el dicho de los variados personajes, algunos con nombres y apellidos, pero no siempre: si los estadounidenses usan mucho la bandera de las estrellas y las barras tricolores, y dicen que son muy patriotas y muy religiosos, esto va a la misa de la excepcionalidad nacional, y se presenta, a manera aristotélica, como evidencia de que los más fuertes son los más virtuosos (la misma portada del libro incluye el reclamo abanderado a la manera del cantante de música country, Toby Keith). La prosa, en cualquier caso, ha pasado por muchos filtros, ojos y manos, y se presta a simplificaciones deliberadas, o gestos anti-intelectuales. Esto será lo que pasee sus reales por revistas, medios de comunicación de masas y librerías del tipo de *Barnes and Noble*. El mensaje fundamental de este "académico patriota" (xvi) es, como estamos viendo, tremendamente desasosegante. Se trata de ofrecer, una vez más, la pócima de la disciplina y castigo con o sin "cultura" e "identidad", lenguaje, por cierto, usado más bien por grupos contestatarios.

Huntington presenta, en esencia, un mensaje asimilacionista (p. 183) y

represivo de cualquier diferencia o "diversidad" con respecto a un modelo estándar angloparlante, de tradición anglosajona, o mejor anglo-germana, aquí sin vitalidad, y vinculada, siquiera débilmente, a la tradición de un cristianismo de grupos protestantes, y de un blanqueamiento de la diversidad racial. Y toda esta maravilla se realiza en aras de una supremacía de los EEUU, cueste lo que cueste, con respecto al resto del mundo que, colocado siempre en una posición subordinada, parece importar bastante poco. EEUU es así el portavoz oficial de la "Europa" y el "Occidente" que el "multiculturalismo" está atacando (p. 142, 171, 315). De nuevo, la Europa y el Occidente de Huntington, con sus ribetes neo-Straussianos, dan miedo por lo beligerante e intolerante. Y esta "política de la identidad", con los señuelos de cultura y nación de aquellos que "se identifican con su país" (p. 244), una forma boba pero insidiosa de hablar y de pensar, es la que vierte aceite hirviendo sobre los desasosiegos que tienen que ver con algunos de los retraimientos oficiales—institucionales— propios de los albores imperiales de esta primera mitad del siglo veintiuno—Octavio Paz señaló certeramente algunos de estos síntomas, véase "La democracia imperial", *Tiempo nublado* (Seix Barral, 1983). Es como si no se hubieran aprendido algunas de las lecciones históricas de la intolerancia oficial entre las tres religiones (cristiandad, judaísmo, islamismo) propias del imperialismo hispano, al menos según las lecturas de un Américo Castro, sólo por poner un ejemplo, o peor todavía, como si los expertos y managers, apologetas y agentes oficiales del último imperio sufrieran de la sana de la ignorancia y del gusto del autismo o la pérdida de memoria histórica, de no querer saber y no querer aprender de algunas de las desconcertantes panorámicas post-imperiales de otro lugar y tiempo no tan distantes.

Hay, en verdad, una sensación de *dejá vu* en *Who are We? The Challenges to America's National Identity*. Hay algo de nostalgia, de impulso "retro"—pero no chic—y de que todo tiempo pasado fue mejor, y que éramos todos más altos, lindos, jóvenes y felices antes, lo cual es mentira, y que la década de los 1960 vino para estropearlo todo. Y lo que se estropeó fue una sensación de invulnerabilidad de los EEUU en la cúspide su poderío cultural, económico, militar (hay una coincidencia entre el vigor vital de Huntington, con 40 años, y el clímax de la superpotencia de los EEUU, al menos según las fechas de alguien como Immanuel Wallerstein, citado por cierto, mezquina y oblicuamente en p. 310, 405). Este libro desapacible se suma así, tarde y mal, al coro de voces como las de Allan Bloom, *The Closing of the American Mind*, Arthur Schlesinger (pp. 53, 60, 145), *The Disuniting of America*, o de personajes dudosos como Allan Bennett y Lynne Cheney, o incluso la del *Achieving Our Country* de Richard Rorty (p. 272), entre otros. Se trata de insistir en la nación propia desde una posición de fuerza de superpotencia subyugadora de un mundo poco amable [unfriendly, p. 109]. A la sombra del 9/11, los "poco amigables" son siempre "ellos", claro, pero también, en un interesado nudo del pañuelo, los emigrantes, los extranjeros, los multiculturalistas, los cosmopolitas, los intelectuales poco patriotas, los moralistas del derecho internacional, los hombres de negocios de multinacionales, los mexicanos, los que hablan español, los que no se quieren asimilar... Las yuxtaposiciones lo dicen todo, especialmente en los finales de capítulo (p. 138, 177, 256, 291). No hay medias tintas. Aquí no hay gusto canclinario por híbrides de ningún tipo. No hay generosidad ni aperturas a lo impredecible o lo desconocido. Aquí no hay deleite ni exuberancia. No hay lenguas extranjeras, ni culturas, ni literaturas. No hay ningún deseo por extender la ciudadanía romana a todo el planeta (lo cual podría ser una cierta solución). Huntington es-

tá, al contrario, encogido, como gato asustado, debajo de la mesa, aterido, a disgusto, apretando con los dientes una escuálida sardina de la historia sórdida. Huntington está asustado —o finge susto— ante algunas de las tremendas transformaciones dentro y fuera de su país, que también es nuestro desierto de lo Real no-maravilloso donde hemos montado, al menos de momento, nuestra residencia permanente y nuestra tienda de beduino. Sólo hay que rascar un tanto los eufemismos al uso ordinario de esta prosa de brocha gruesa, y grosera, para ver cómo “lo que somos” se construye siempre en contra de “lo que decimos no ser”, o mejor de lo que “son ellos”. Aquí no hay sensibilidad de existencialismo historicista de estancias, circunstancias ni existencias que valgan. Esto es “ser” y “no ser”, al lado de la última tecnología militar y a la sombra de las dos palmeras reinas de la apelación al miedo y el fetiche de la seguridad.

Who are We? The Challenges to America's National Identity busca así, de una manera displicente y despiadada, regenerar una nacionalidad “acosada” tras los espectaculares sucesos del 11 de Noviembre, la fecha se menciona repetidas veces a manera de campanadas de alarma. Huntington no duda en explicitar una serie de “retos” —como lo dice el título del libro— que “nos” ayuden a constituirnos como “estadounidenses”. Y hay que hacer notar el uso eufemístico de aludir indirectamente a lo que no nos gusta, o de nombrar veladamente a los adversarios políticos, y el lector atento tendrá que acudir a las notas al final del libro para ubicar algunas de las referencias o verificar algunos de los nombres aludidos de manera indirecta. Aunque hay, claro, una gradación que va de la formulación de unos “otros” o “ellos”, a los “retos” de los “extranjeros”, o los “enemigos”. Entre éstos, figuran: el enemigo externo del Islam (p. 188), el enemigo interno de los “hispanos”,

especialmente los de origen mexicano (capítulo 9, 316ff), el multiculturalismo dentro de algunos sectores universitarios (p. 171, 269, 315), el cosmopolitismo de algunos grupos directores del mundo de los negocios y las multinacionales (p. 269), los sectores defensores del derecho internacional (p. 271), y fenómenos como el cosmopolitismo, las diásporas, los emigrantes con o sin papeles, los que tienen o quieren tener una doble nacionalidad (204ff), los agentes de los gobiernos extranjeros que logran influir la toma de decisión nacional (p. 282, 287), el “terrorismo”, etcétera. Hay un gesto demagógico, por parte de Huntington, que podemos calificar de Fuenteovejuno en el sentido de que nuestro autor no duda en ponerse al lado de lo que quiere —o dice querer— el “público” estadounidense, al menos según los sondeos, estadísticas, declaraciones en prensa, etc. y marcadamente en contra de estos “retos” anteriormente citados. Huntington dice estar con, por y para el bien del público estadounidense alienado por un sistema de democracia no representativo (p. 335). Hay un gesto típicamente estadounidense, a menudo proveniente de sectores intelectuales, al menos según la sociología del tipo de John Galbraith y Richard Hofstadter, y este es el caso de Huntington, que se sirve intencionadamente de un sospechoso anti-intelectualismo demagógico, para crearse un espacio y conseguir así unos ciertos beneficios a corto plazo.

Ese “público” permanece, según él, a la contra, patriota, religioso, convencido de los “éxitos” de la asimilación y fiel al centro constitutivo de la cultura e identidad estadounidense, que se identifica, sin sorpresas, como el mundo anglosajón, la disidencia protestante, el uso del inglés, la ética del trabajo, el “idealismo” político estadounidense, etc. El truco identitario-culturalista de *Who are We? The Challenges to America's National Identity* se puede desvelar así: nosotros somos lo que somos en la medida en que no somos otros, y lo decimos, y en la medida en

que somos fieles a aquellos valores proclamados por los poderes oficiales (curiosamente no hay llamados a regenerar la estructura gubernativa o los tribunales de justicia, todos los demonios parecen habitar los sectores educativos y universitarios y algunos de los despachos del mundo de las multinacionales). Huntington nos saca del armario la ropa carcomida de los abuelos de los tiempos, la ideología WASP [white, anglo-saxon, protestant]. Pero este gesto intelectual "retro" en un autor casi octogenario lo hace con lo que se podría describir como el toque "chic" de un énfasis en lo lingüístico-cultural-identitario. La insuficiencia de la persuasión del credo político oficial estadounidense (p. 19), lo que podríamos llamar el debilitamiento de la comunidad de creencia (p. 67), en la ideología única del liberalismo del diecisiete, da paso a la modalidad psicológica, blanda de la modalidad cultural en un momento post-ideológico: La "cultura" o lo distintivo de la sociedad de individuos (p. 21), o las maneras habituales de vida humana desligadas de cualquier "lugar" (p. 49), desatadas de cualquier suelo histórico, desbocadas en la marcha global de la historia que se desconoce y se desprecia. "Cultura" se asemejaría a los anuncios multi-raciales de Benetton, suena al mundo de la moda, a vida fácil, casi al Gilles Lipovetsky de *La Edad del Vacío: Ensayos sobre el Individualismo Contemporáneo* (Barcelona: Anagrama, [1983], 2002), si no fuera porque estamos del lado de Marte del Atlántico, y no del allá de Venus, y nuestro experto pone sobre la mesa un monolingüismo feroz coherente con un repudio de hibridez de ese presumible centro estadounidense de raigambre anglo-germana con cualquier otra modalidad "cultural". El "ser" de Huntington no es meramente descriptivo, sino que anuncia el deber ser normativo. No hay sin embargo atracción persuasiva de los "bár-

baros" con una sensualidad de pensamiento, todo lo contrario: *Who are We? The Challenges to America's National Identity* constituye una esencialización represiva de eso de "América" autosuficiente, aislada de, y encumbrada por, la historia universal, al menos desde la segunda guerra mundial. Lo "excepcional" de este estereotipo asumido como propio, a la altura tardía de los tiempos inestables del siglo XXI, es lo famélico y descarnado, pero también lo insidioso de la ortodoxia de esta "idea" no exenta de represión psíquica (p. 61), que, ajena a la devoción histórica alimentada por una interrogación crítica del liberalismo clásico del diecisiete, se asemeja más a las anteojeras del animal de cuatro patas que no quiere ver el cubo de poco pienso que tiene delante de las narices mal limpiadas sin las gafas pertinentes, o al lenguaje escueto de los tabloneros de anuncios publicitarios, o los *soundbites* apresurados de la propaganda comercial, o las pegatinas que se colocan en el parachoques trasero del auto para decirles cosas a los de atrás (47ff). Dentro de los EEUU, se elogia a los estadounidenses y se les dice que son los más lindos, inteligentes, religiosos, fuertes, etc. de la historia del mundo, y éste es un mecanismo de disciplina y de castigo que los diferencia y los aísla del resto del mundo. Y con el resto del mundo se mantiene una relación ni fría ni caliente, pero beligerante. Entonces de lo que se trata, al menos desde estructuras oficiales de poder y conocimiento en unos momentos delicados como el actual, es de producir unos chivos expiatorios que ayuden a consolidar el totem del miedo y a apuntalar el tabú de la seguridad. En este paisaje ciertamente sobrecedor, Huntington se presta de mil amores a este juego político, agarrado de las manos de las dos primas hermanas de la "cultura" y la "identidad".

Si *The Clash of Civilizations and the Re-Making of the World Order* propone un ordenamiento geopolítico de la totalidad del mundo siguiendo, al menos en cierta manera, los deli-

neamientos culturalistas-civilizatorios ya existentes en la historiografía ambiciosa de un Toynbee o un Braudel, si bien dentro de una matriz hegeliana-churchilliana, *Who are We? The Challenges to America's National Identity* cierra puertas, se retira del mundo ancho y ajeno, se retrae, se repliega, recoge los bártulos, mapas, telescopios. Se quita aquí el gato las botas de siete leguas y se pone las zapatillas de andar por casa con un mensaje igualmente inapelable, brutal. Los que no tienen la dicha de "ser" estadounidenses tienen—tenemos todos— que aprender a sensibilizarse con el impacto de la violencia de este vaciamiento de la escritura y el pensamiento acerca de la historia imperial dentro de las propias fronteras de los EEUU. El "nosotros" de Huntington resulta así un constructo "monoteísta" de deidad, estado-nación, cultura central, uso de lengua, etc. poco apetecible, poco deseable, al menos para éste que suscribe estas páginas, en el sentido de que repudia explícitamente una serie de "ellos". Como tal, el gesto de Huntington es explícitamente político. Y su libro se posiciona sin miramientos. Y uno tiene que andarse con cuidado que no pueda haber por ahí otras formulaciones "liberales", aparentemente más tolerantes, o "politeístas", que puedan parecer más apetecibles o deseables, si quiera por contraste, porque se sustraen de explicitar unos repudios, pero que en definitiva suscriben en esencia, por virtud o por defecto, lo que Huntington nos pone sobre la mesa (¿y si el auténtico enemigo es el lado "liberal" de Huntington? ¿y si el imperio hoy es multicultural, de la misma manera que los productos comerciales tipo Benetton, o las fuerzas armadas, o los planes de estudios de algunas universidades privadas, o las cadenas televisivas lo son?). "Civilización" se baja del caballo volador, se quita las gafas de amplias visiones diacrónicas, los estudios comparados, las pompas,

ínfulas y joyas, y se queda en este último libro en "cultura". "Capitalismo", por otra parte, brilla por su ausencia, en un gesto típicamente estadounidense que rehúye el nombre del sistema político-económico vigente hoy, y por lo tanto lo encubre, lo naturaliza, y lo justifica siquiera por defecto, del mismo modo que las buenas maneras de la alta sociedad evita cualquier alusión a las partes pudendas, con falso pudor. Y es así que tenemos un silenciamiento del sistema y la verborrea de las palabras "cultura" e "identidad". Hay, por lo tanto, que echar a andar una cierta hermenéutica de la sospecha con estas ontologías culturalistas-identitarias esencialistas.

Y quien quiera ver más patas de palo, tendrá todavía que levantar más faldas: "Cultura" refuerza el "Credo" oficial —nada que ver con la noción de "creencia" orteguiana que se acerca a lo que Huntington intenta perseguir con su defensa de "cultura central anglosajona"— y esto de "cultura" se equipara aquí con "identidad nacional". El monismo de Huntington quiere sugerir la equiparación perfecta entre los tres conceptos favoritos (cultura, nación e identidad). No hay dialéctica hegeliana de superación de términos positivos y negativos, ni supuestas subidas a otro nivel más abarcador. Entre el "ser" estadounidense y la "nada" no-estadounidense, no hay "nada", o tal vez el abismo. O mejor dicho, hay "retos", "extranjeros", "enemigos" y "traidores" dentro y fuera de las fronteras de los Estados Unidos, con o sin recuerdos del Orwell de 1984. El mensaje xenófobo es claro, aun con todos los eufemismos puestos en uso.

Huntington se juntaría a la mesa con Parménides antes que con Heráclito. El "ser" estadounidense "es", en definitiva, una serie de sustantivos con la sugerencia de un fondo de permanencia y lo peligroso, en Huntington, es que la descripción de esencias se vuelve, casi imperceptiblemente, un deseo de normatividad represiva de esencia única, norma u horma, o estera de espinas, o lecho

de Procuro, donde hay que "caber". La esencia se da en la especificidad intolerante de formato nacional construido sobre una (ilusión de) continuidad que rehúsa contemplar sus opuestos, discontinuidades, orígenes plurales, finales posibles, etc. En *Who are We? The Challenges to America's National Identity* sólo el "ser" es, y lo es como el amo "es" con respecto al esclavo: a expensas de, o contra los "retos" de, o provocaciones de, o insubordinaciones de, o la mala educación de, un "no ser". Hay una profunda desconfianza ante el mundo aglutinante más allá del formato nacional, o el diferenciador, plural, sensible sometido a los vaivenes de la multiplicidad y el cambio. Es así que Huntington, como monista —o monoteísta— se acercará siempre a lo sustancial del sustantivo, lo único, lo (aparentemente) inalterable, lo (aparentemente) inmutable, lo que se quiere calificar de esencial o sustancial. El signo de "nación" es este deseo de esencia o sustancia en unos momentos de insuficiencia de los formatos nacionales. Así habla Huntington de la "crisis" de desnacionalización mundial (p. 14), y habría que añadir otros prefijos (sub-, intra-, infra-, trans-, etc.) para esto de "nación", que es, también, ¡cómo no serlo!, criatura histórica. Huntington quiere solucionar esta "crisis" con un reconcentrado nacionalismo "identitario" y "cultural", si bien con un lenguaje grueso y grosero, típicamente estadounidense en una mal intencionada xenofobia (p. 12). La identidad del "ser" consigo mismo es la identidad formal u oficial a la que se desea supeditar todas las otras. La gran dificultad será en cómo delimitar ese ser nacional dentro del espacio-tiempo de la historia de la humanidad cuando los estadounidenses tienen escasas ataduras al "lugar" y nula sensibilidad para la cronología. La historia que le importa a Huntington empieza en los siglos XVII y XVIII, aun cuando el comienzo auténti-

camente significativo y tenso para él sean los años 1960. No hay postmodernidad posible, pensable a la eterna modernidad supremacista estadounidense, a diferencia de autores como Wallerstein, Jonathan Schell, Charles A. Kupchan entre otros. Sin teleologías, Huntington se presenta como un reformista de su propia nacionalidad dañada, según él, por enemigos externos e internos. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* quiere ser un proyecto reformista, de vuelta a las raíces, de renacimiento. Su proyecto es, por lo tanto, de "nation-building", aun cuando este término sólo se use habitualmente para intervenciones "humanitarias" en otros países. Estados Unidos constituye aquí una ilusión oficialista de mismidad —o insistencia en la semejanza, o poso de permanencia— cuya igualdad culturalista-identitaria se halla, como Ariadna y el Minotauro en el laberinto de los tiempos desordenados, según Huntington, siguiendo el hilo rojo WASP trans-sustancializado. El lenguaje sugiere una ontologización represiva de la vida social y política, pero repetimos que este libro no va por filosofías, sino por sociologías vulgares. La cultura es ornamental, la inteligencia es estratégica, institucionaliza y oficialista, el uso de razón, razón de estado, y nación, o imperio, totalidad, aun cuando la propuesta final de Huntington sea una regeneración nacionalista —o un imperialismo reacio— en la línea "república, no imperio" de un Pat Buchanan.

Pero hay más: el signo de "cultura" "es" aquí la lengua del pueblo, las creencias religiosas, los valores sociales y políticos, los patrones de comportamiento y lo que se asume colectivamente como bueno y malo, apropiado e inapropiado, y también la objetividad del mundo institucional en la medida en que puede, o quiere, hacerse eco de un mundo subjetivo (p. 30). Esta es la vuelta de tuerca crucial: "cultura" "es" también "línea de fuego" en un mundo post-ideológico (p. 258, 301), el anclaje que nos va a ayudar a discernir

quién está con “Uncle Sam” (p. 199), y quien está contra el “tío Sam” (p. 243). No hay medias tintas. Con o sin un deliberado empobrecimiento retórico, el comienzo del capítulo décimo lo dice bien a las claras: “cultura [es] fuente de identidad en un mundo desideologizado” cuando se están borrando las distinciones entre lo nacional y lo transnacional (p. 296, 21, 288, 301, 304, 337, 340). Usamos entonces nuestro GPS [Global Positioning System], echamos un vistazo al mundo desordenado ahí fuera y aquí dentro y eso de “cultura” nos ayuda, a manera de unidad discreta, móvil, a ver quién, cómo, dónde, cuándo, está con nosotros o contra nosotros. Adiós, por lo tanto, al cosmopolitismo kantiano. El mundo de Huntington se alimenta de estrategias militares y es, sin lugar a dudas, despiadado, de noche de lobo hobbesiano donde el conflicto es necesario y deseado. La guerra es necesaria —y deseada— porque ayuda a recobrar los olvidos de la “identidad nacional”. Sin ella, esta unidad identitaria nacional-culturalista se debilita, se rompe (385ff). Lo de “islámico”, y lo de “hispano” funcionan así como el signo “Albania” en la película *Wag the Dog*. Es el chivo expiatorio —ahí fuera o aquí dentro— que galvaniza las energías hacedoras de una colectividad que de otra manera no se puede constituir como tal. Es un pelele de feria, es un pelele al que hay que tirar a dar. Aquí no hay asueto que valga. No hay que bajar la guardia nunca, según Huntington que parece escribir como quien aprieta los dientes. El mismo mundo anglosajón, a la manera del héroe “old shoe” en la película anteriormente citada, carece de todo calor y color. Es otro pelele caricaturesco, fantasmático, famélico, descarnado, reverso de la misma moneda lanzada al aire, leyenda blanca de leyenda negra. De nuevo, no se trata de reconstruir la historicidad compleja, tensa, de un Lutero, un Hobbes, un Locke, un Adam

Smith. Sino de decir que los estadounidenses son muy trabajadores y tienen una gran ética de trabajo, según las aseveraciones de las estadísticas. Y de que son muy religiosos. Y de que izan las banderas y que son muy patriotas. Y con estas vaguedades o infantilismos simplistas, pues parece que entendemos lo que puede constituir eso complejo, tenso, terso que “son” los EEUU, raramente proclives a proporcionarnos un amor a primera vista. Pero, de nuevo, ¿se trata de “ser”, del “Ser y la Nada”? ¿Se trata de atrapar una “esencia” y sólo una? Huntington no quiere ir en esta línea de pensamiento. Le basta y le sobra con rehuir, con buen olfato, una introspección epistemológica de sus propios supuestos de conocimiento. Su ontología esencialista culturalista-identitaria estadounidense, dentro de una sociología de corte positivista vulgar, no se atreverá nunca —y con buenas razones— a un cotejo interdisciplinar, y mucho menos a un enmarque geopolítico, aun viniendo este libro después del conocido *The Clash of Civilizations and the Re-Making of the World Order* (1996), y casi 50 años después de unos comienzos en círculos estratégico-militares. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* es la escatología lógica de orígenes en *The Soldier and the State: the Theory and Politics of Civil-Military Relations* (1957) y *The Common Defense: Strategic Programs in National Politics* (1961). De aquellos polvos, estos lodos.

Le basta entonces explicitar una serie de enemigos (258ff) para seguir ahí en la brecha. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* surge, e imaginamos que circulará, sobre todo, dentro de grupos republicanos (aunque hay que precisar que poca diferencia hay entre ambos partidos políticos en lo que respecta a la política exterior). Espeluznante: se llega a citar el delicado poema de C. P. Cavafis “Esperando a los Bárbaros” en un contexto de la OTAN (pp. 258ff), a la sombra de la etiqueta de “enemigos”, tergiversando el anhelo, digamos levinasia-

no, por una otredad vivificadora por parte de una autoconsciencia de sociedad civilizada en franca decadencia. Algo parecido ocurre con la poesía de Walter Scott (264ff) que sirve de arma arrojadiza contra la “desalmada” desnacionalización de ciertas elites estadounidenses que “vagan” con gusto mal disimulado, como traidores, por tierras extranjeras. La película *Falling Down* (p. 309), le sirve como excusa y pretexto de lo entendible que puede ser un resurgimiento del nativismo blanco (sigue una velada cita de Wallerstein extraída de su página de web en Binghamton). Huntington se sirve de estos “productos culturales” como un elefante selvático escondido en el armario del salón se puede servir una taza de té caliente a la hora de la merienda. En estos ambientes de epistemologías “anti-humanidades” vinculadas a geopolíticas supremacistas, no se trata de pecar de exquisito, y sacar, el as de cartas de la manga del jugador profesional, o el conejo de la chistera como el mago en el circo, o los manierismos del análisis de crítica literaria o de “estudios culturales”, que (mal) aprendidos en los cursos postgraduados en la academia norteamericana, pero sí se trata de ver algunos de los malos trucos retóricos de este sociologismo positivista vulgar con una agenda política previa. La pretensión de “neutralidad” (p. 311), a la manera de las Naciones Unidas en los tiempos que corren, en relación al posible (mal) trato de la dimensión “no-estadounidense” [un-American], no se sostiene en ningún momento en relación a nuestro académico autocalificado como patriota. Sólo hay que leer con cierto cuidado la elección de adjetivos, la selección de las personas y las citas, la proveniencia del material y los contextos. Aun cuando Huntington escamotee su propio pronunciamiento, su posicionamiento asimilacionista, supremacista está fuera de toda duda dentro de esta visión “diplomática” de

línea dura de la historia universal (y estamos pensando en el texto panorámico *Diplomacy* de un Kissinger). Por si tuviéramos dudas, Huntington nos demuestra que los fuertes también se sirven de tretas: no se dice lo que hay que hacer con eso de “reto” –se evita lo de “problema”– pero uno se lo puede imaginar. Y esto traerá recuerdos de imágenes del tipo de *Dr. Strangelove or how I stopped worrying and learned to love the bomb*, y hay momentos ciertamente así en el libro, que permiten la parodia, al menos por parte de un lector avisado con unas crecientes sospechas hermenéuticas, que no se deje despistar por un uso ornamental de productos literarios o filmicos como los anteriormente descritos. Estos sólo sirven para ilustrar un mensaje militarista, xenófobo, de tremenda violencia en relación a un “agente del mal” externo, como la retórica reciente lo nacionaliza en Iraq, Irán y Corea del Norte, o en referencia a un “juez español” que se atreve contra “el General Augusto Pinochet (p. 271), pero también contra disidentes internos, como pueden ser Martha Nussbaum (p. 270), o Immanuel Wallerstein (p. 309), o William Flores y Rina Benmayor (p. 316), entre otros. Y la violencia de esta excomunicación se lleva a cabo mayormente de una manera superficial con citas de los medios de prensa, nunca en relación al quehacer intelectual conjunto de estos u otros autores. A veces Huntington apila una serie de títulos de libros de los “otros” –digamos, los “poco patriotas”– como si esto fuera un comportamiento intelectual y académico aceptable (p. 176). No nos parece exagerado decir que nuestro autor se comporta con respecto a eso de “cultura”, al menos en este último libro, como se dice que Reagan se comportó con el “House of un-American Activities Committee”, en 1947 (Huntington cuenta con 20 años para entonces, *New York Times*, Obituaries, June 6, 2004).

Queda ya un poco más claro entonces lo que el signo “cultura” puede llegar a significar en los años desconcertantes de la post-guerra fría,

post-Unión Soviética y post 9-11, al menos para académicos del tipo de Huntington, que no dudan en ponerse las ropas populistas anti-intelectualistas cuando les puede convenir. "Cultura" es la hilacha que cuelga de todos los "post-", con la posible excepción de post-imperialismo. Con una actitud explícita de supremacismo monolingüe, lo que se da en llamar "English-only "America First", "identidad [nacional]" es aquí un insidioso eufemismo, que delata la autopercepción de vulnerabilidad por parte de ciertos sectores sociales ante ciertas transformaciones imparables dentro y fuera de los EEUU. Entre ellas, la hispanización, fenómeno que se resiente en *Who are We? The Challenges to America's National Identity* de una manera explícita (hay que retrotraer el nombre de "hispano" a los deseos de clasificación de la administración de Nixon). Hay que agradecer lo explícito de este repudio, sobre todo cuando se tiene la impresión de la deshonestidad de otros repudios a la callada, también dentro del contexto universitario estadounidense (por cierto, departamentos de español y portugués no figuran en el radar de Huntington, excepto las inclusiones "periodísticas" al deseo de bilingüismo de Ilans Stavans y Ariel Dorfman, p. 317, 136). En cualquier caso, parece que el estado de Florida, Miami en concreto, y mucho de la costa sudoeste ya son tierra perdida (203ff, 221ff, *247ff). La Hispanización avanza como una invasión inexorable, y películas de ciencia ficción como *Strange Days* nos pueden ayudar a imaginar un Los Angeles post-apocalíptico como el que le aterra a Huntington y a otros. ¿Qué sería lo "no-cultural" en el marco de visión de Huntington y de qué nos serviría? ¿Sería lo "contracultural" todo lo que él repudia como "retos" a un posible recentramiento de la conciencia nacionalista reformulada dentro de una matriz identitaria-culturalista esencialista nece-

sariamente algo deseable para nosotros? ¿Cuán deseable se nos antoja la "crisis" que levanta los pocos pelos mal peinados de nuestro autor? ¿Queremos liquidarla o queremos hermosearla? Si había un clima nublado en los años ochenta, parece que estamos ya en los años de tormenta. No se atisba una calma a corto plazo, al menos tras la lectura de este libro último del autor de niñez en Astoria, Queens, Nueva York. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* es un intento feroz de secuestro del lenguaje de la "identidad" y la "cultura" de las "minorías". Esta propuesta es por ello una "contra-política de identidad" proveniente de un sociologismo vulgar propio de unas ciencias sociales ancladas en un monismo institucionalista-oficialista, articulado siempre dentro de un horizonte nacionalista intolerante o excluyente. Esencialismo estratégico por parte de Huntington que se lanza contra una dimensión mayor, vinculada a los cosmopolitismos, los emigrantes, los terroristas, etcétera, y también contra todas las desobediencias internas, llámense resistencias anti-asimilacionistas de los multiculturalismos particularistas por parte de los sectores (mal-)llamados "hispanos", o por otros grupos. Lo de "cultura" aquí suena a las orejas más a material del tipo confidencial, a portafolio cerrado con la etiqueta de "classified culture", a malos tratos propios de G.I.s ("Government Issue", personal militar, soldados), que a cotejo libresco cuidadoso de poemas o películas, o a exquisiteces bizantinas de académicos sobre las posibilidades inciertas de epistemologías pluri-tópicas. Este artículo-reseña ha querido en esencia "deseencializar", sino "desclasificar", la connivencia con una oficialidad represiva de estas propuestas ciertamente desasossegantes.

Y adoptamos para ello, si se quiere, un posicionamiento de "extranjería" con respecto a la "America" sin tilde de Huntington y también con respecto a su deseo de asimilación dura o inflexible. America-

nización, al menos según Huntington, significa el éxito de la violencia síquica que reduce la sociedad, la historia, la "cultura", etcétera. a unos logos con unas luces de colores chillones, pero todo con escasa vida, con poco calor. No nos creemos el centro de seducción de una cultura anglosajona para los EEUU de nuestro autor que nunca la quiere ni puede levantar a los ojos de los lectores atentos de una manera persuasiva. La "América" de Huntington son unos Estados Unidos displicentes, autistas, ayunos de intercambio con el mundo más grande, reacios al esfuerzo por querer conocer su propias transformaciones y las ajenas. Hay en *Who are We? The Challenges to America's National Identity* una actitud de cerrazón de mente típicamente norteamericana que desprecia lo que ignora desde una posición identitaria-culturalista de identificación con los postulados oficialistas de la geopolítica gubernamental que se puede escuchar como si fuera un portazo en una casa aislada, sin residentes y sin muebles. Hay una "idiotez" de encogimiento de horizontes que se nos antoja sumamente peligrosa en la medida en que se vuelve la espalda a una realidad interna tensa y conflictiva —¿y quién lo duda?— mientras se pinta con una brocha gruesa el fantasma de una exterioridad que sin embargo se in-

filtra, como los espías, los agentes secretos, los virus, la rabia de los perros, las plagas de los insectos, las máquinas robots de las películas de ciencia ficción en los espacios propios (276ff). La nación estadounidense se construye así como una excepcional alienación excepcional y de proporciones mayúsculas displicente con respecto a todas las otras dimensiones nacionales, relaciónese este trauma con la represión del sueño americano de mejoría constante de lo dado o no (p. 256). En relación al sentido represivo de la tesis asimilacionista-supremacista de Huntington, se nos ocurre, al menos al final, aligerar y "jugar" por ejemplo musicalmente con el sinsentido "dada" de "Psycho Killer" de David Byrne, o introducir el bilingüismo de "Dance and dense denso" de un grupo como *Cóctel Molotov*, o el experimentalismo híbrido de "Radio Bemba Sound System" de alguien como Manu Chao: "Whenever, whatever" con la tesitura de Huntington, con o sin Shakira (y que aquí ponga el lector sus sugerencias favoritas). En relación con esta textura aseverativa configuradora de un antihispanismo mezquino, podemos contestar como Ulises al Polifemo de un solo ojo, que no somos nadie. Y tal vez sea éste un buen plan de huida: dejar deseada y deseante la crisis del centro del "ser".

Fernando Gómez Herrero
Stanford U., California